



☀️ CAPÍTULO ☀️
1

Primavera de 1875
Sur de Texas

POR FIN LLEGA.

Iris Richmond se alisó una arruga en la falda de lana azul oscuro con mano temblorosa, y se ciñó el cuello de la chaqueta a juego. El frío de la tarde de marzo la hacía tiritar, pero ni por un instante consideró la posibilidad de echarse por encima la gruesa capa que había dejado doblada en el asiento de la calesa. Su madre siempre decía que cuando se trataba de convencer a un hombre de que hiciera algo que no quería hacer, el aspecto de una mujer era tan importante como cualquier razonamiento. Cubrirse con la capa habría sido como ir a un duelo sin pistola.

Iris necesitaba todas sus armas ese día. Ninguna decisión había sido nunca tan importante para ella como la que Monty Randolph tomaría en los próximos minutos.

Se cambió de sitio en el banco que había junto al corral; luego pensó que el asiento anterior era mejor, y volvió a cambiar de lugar. Le alegraba que las pacanas que

rodeaban el banco no hubieran empezado a echar brotes. Lo único que impedía que le castañetearan los dientes era el calor del sol.

Desde donde estaba sentada, Iris tenía una vista panorámica de las cerca de 4.000 hectáreas de monte bajo y pradera que conformaban el corazón del imperio Randolph. Después de pasar cuatro años en San Louis, aquella le parecía una tierra extraña. A pesar del agradable frescor que emanaba en verano del riachuelo que serpenteaba por el territorio de los Randolph, de sus orillas bordeadas de altísimos robles y pacanas o de la comodidad de la amplia casa de la colina, aquella era una tierra agreste. Se preguntó por qué lloraba cuando la enviaron al colegio. ¿Qué pudo haber echado de menos de aquella región polvorienta, calurosa y llena de espinos que le estropeaban la ropa y hacían que se sintiera tan a disgusto allí?

Un viento fresco proveniente del sur le llevó el olor del ganado e hizo que su pelo rojo, largo y abundante le azotara el rostro. Intentó peinárselo con los dedos, pero el aire se lo había enredado por completo. Ojalá se le hubiera ocurrido traer un cepillo y un espejo.

«Tranquilízate. Te estás comportando como si él fuera un completo desconocido para ti, y no alguien a quien conoces desde hace mucho tiempo.»

Pero ya no lo conocía.

Monty Randolph era el vaquero alto, guapo y bondadoso del que se enamoró cuando tenía trece años. Él toleró su efusiva adoración, soportó que se presentara en cualquier momento del día o de la noche dondequiera que él estuviese e incluso aceptó bailar con ella en una fiesta en Austin. Siempre protestaba y maldecía, pero también se aseguraba de que a ella nunca le pasara nada.

No obstante, el mes anterior había regresado a casa por primera vez desde que se marchó al internado, y se encontró con un Monty completamente distinto. La miró,

palideció y salió de la habitación sin ni siquiera responder de manera cortés a su sonriente saludo. Y desde entonces no permitía que se le acercara.

Ya había dejado atrás el enamoramiento de la niñez, pero la conmoción que le produjo su rechazo la había herido mucho más de lo que habría podido imaginar. Ni siquiera Rose supo decirle qué lo había hecho cambiar.

«Eso no tiene ninguna importancia siempre que acepte ayudarme.»

Iris no sabía suplicar, la sola idea le resultaba de lo más desagradable, pero tenía que hacer todo lo posible para convencer a Monty de que la ayudara. Era la única manera que tenía para evitar arruinarse por completo. Recordó aquella deprimente mañana de enero en que fue a ver a un abogado de Nueva Orleans. Un escalofrío que nada tenía que ver con el viento de marzo hizo que le castañetearan los dientes. Se encontraba muy alterada por la muerte de sus padres, pero recordaba cada palabra que él dijo.

—La situación no es tan buena como yo esperaba.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Iris.

Sus padres habían muerto en el accidente de un barco de vapor cuando viajaban a San Louis para visitarla. El bufete de abogados de Finch, Finch & Warburton había sido designado albacea del patrimonio.

—Había muchas deudas que saldar. Su madre... —su voz se fue apagando.

—Mi madre era muy derrochadora —dijo Iris por él.

—Lamentablemente, era mucho más derrochadora de lo que su padre podía costear.

—No entiendo.

Sus padres nunca habían dado señales de que el dinero hubiera empezado a escasear.

—Hace un año su padre pidió prestada una importante suma de dinero, y puso el rancho como garantía. Desgraciadamente, no realizó ninguno de los pagos estipulados

en el préstamo. La colección de joyas de su madre, que a juzgar por este inventario habría sido más que suficiente para cancelar la deuda, se perdió en el accidente. —La expresión de su rostro era seria.

—Aún soy dueña del rancho, ¿verdad? —preguntó Iris. Tenía un nudo en el estómago. Sabía que era a causa de los nervios, pero no desaparecía con nada. Por el contrario, parecía hacerse más grande a medida que pasaba cada angustioso minuto.

—A menos que pueda usted cubrir los atrasos en el plazo de cuatro meses, el banco tomará posesión del rancho. Ignoro si los muebles de su casa seguirán intactos, pero me han informado que los cuatreros le están robando el ganado. Le sugiero que vaya a casa y haga lo posible por proteger su herencia mientras aún haya algo que salvar.

Cualquier intención que Iris hubiera tenido de recurrir a sus amigos de la ciudad había desaparecido antes de que pudiera ponerla en práctica. Era como si todos hubiesen leído un anuncio de su situación en el *St. Louis Post Dispatch* con el café de la mañana. Antes de que cayera la tarde Iris se había convertido en persona non grata en por lo menos diez lugares en los que hasta el día anterior la habían recibido amablemente. Jurando que regresaría a San Louis en la misma posición de antes o que nunca más volvería a poner un pie en aquella ciudad, Iris se marchó de allí hecha una furia.

Texas demostró ser aún menos hospitalario. Los muebles de su casa estaban a salvo, pero el banquero resultó ser un hombre muy obstinado. Nada de lo que ella le dijo lo conmovió. O encontraba el dinero a tiempo o perdía el rancho.

Entretanto, los cuatreros seguían llevándose su ganado.

Iris empezó a desesperarse. Su futuro dependía de aquel hato. Si lo vendía, el dinero no tardaría en desapa-

recer y ella se quedaría sin un céntimo. Si no hacía algo pronto, los cuatrerros se llevarían todas sus vacas, y se quedaría sin un céntimo de todos modos. Y aun si lograba preservar su ganado, en un mes se quedaría sin un rancho donde guardarlo.

En medio de su desesperación pensó en Monty.

Él llegaba en aquel momento para reunirse con ella, pero con sólo mirar su rígida postura al cabalgar, la petrificada expresión de su cara, la manera como hacía que su caballo aflojara el paso, supo que sólo tendría una oportunidad para convencerlo de que la ayudara.

Y supo también que él se negaría a hacerlo.

* * *

Ella lo estaba esperando.

Monty Randolph tiró con tanta fuerza de las riendas de *Pesadilla*, que el caballo chilló en señal de protesta. Pero en el momento mismo en que se disponía a dar media vuelta para alejarse de allí, cambió de opinión. Ésta era la tercera vez que Iris intentaba abordarlo. A poco que se pareciera a su madre, eso sólo conseguiría acrecentar su determinación. Sería mejor que averiguara lo que quería, le dijera que no y se deshiciera de ella.

«¡Hay que ver! Lleva un vestido que se haría trizas sólo con que caminara cincuenta metros por el monte. ¿Acaso no sabe que ha vuelto a Texas?»

Iris había atado su caballo a un poste y descansaba en el banco que George había hecho construir en un bosquecillo de pacanas que habían sido transplantadas desde el riachuelo. A sus diecinueve años era una chica de aspecto encantador, que con toda seguridad haría que el corazón de cualquier hombre latiera un poco más deprisa. Era guapísima, absolutamente perfecta. Sus labios carnosos y sus mejillas redondas le daban un categórico toque de sensualidad.

Su pelo hacía que la gente se parara en seco y se quedara mirándola fijamente. No había otra mujer en todo el estado de Texas con un cabello tan irresistiblemente pelirrojo. La luz del sol que rebotaba contra él era suficiente para causar una estampida. Igualmente deslumbrantes, sus ojos eran de un verde intenso. Su vestido no tenía nada de impúdico, pero se ajustaba a su cuerpo de una manera que habría hecho que las matronas de Austin chasquearan la lengua.

Monty se había jurado no mostrar más que indiferencia cuando estuviera frente a ella, pero su cuerpo, los fuertes latidos de su corazón, burlaban sus intenciones. Al ver aquellos voluptuosos pechos presionando contra la tela de su canesú, él notó cierta tirantez en la ingle. Anhelaba extender las manos para tocar su firme suavidad. Deseando con todas sus fuerzas que su cuerpo no delatara la tensión que estiraba todos sus nervios hasta el punto de producirle un dolor físico, Monty obligó al caballo a aflojar el paso. Hablaría con Iris, pero de ninguna manera dejaría ver que tenía prisa alguna por hacerlo.

Estuvo tentado de cerrar sus ojos para no tener que mirarla, pero eso no habría servido de nada. Era como si su imagen se le hubiera quedado grabada dentro de los párpados. Iris se había convertido en el vivo retrato de su madre. Ningún hombre, después de mirar a Helena Richmond por primera vez, podía olvidar el más mínimo detalle de su aspecto físico.

Ojalá Iris fuera aún aquella chiquilla inocente de pelo rojo ondulado que lo seguía por todo el condado de Guadalupe. Era realmente pesada, pero en aquel entonces había algo entrañable en ella. Independientemente de cuánto le irritara la adoración que le profesaba, era incapaz de permanecer mucho tiempo enfadado con ella. Incluso la echó un poco de menos cuando sus padres la enviaron al internado.

Todavía recordaba a aquella desgarbada chica de trece años, vestida con su traje nuevo de montar, sentada a horcajadas en aquel ridículo caballo de silla que su madre le había comprado. Era una niña encantadora por naturaleza, la clase de chiquilla graciosa de la que cualquier hombre quedaría prendado.

Pero la mujer que se acercó a él en el baile del mes anterior no tenía nada en común con aquella niña con aspecto de muchachito. Era una seductora, y cuando la contempló cruzando el salón empezó a hervirle la sangre. Entonces prefirió salir huyendo antes que reconocer su confusión. Aún no había puesto en orden sus sentimientos, y ver a Iris en aquel momento lo hacía sentir como si estuviera firmando su sentencia de muerte.

Mientras cabalgaba hacia donde se encontraba Iris, se consolaba pensando que después de aquel día nunca más estaría obligado a verla. Se iba a Wyoming, y no tenía intención de regresar.

* * *

—Buenas tardes, Monty —le saludó Iris con su sonrisa más radiante.

Una sonrisa que podría causar más estragos entre los vaqueros que cualquier otra cosa que pudiera presentarse de aquel lado del Río Grande. Y eso incluía a cuatros, bandidos y renegados belicosos. Ella sólo tendría que lanzar una mirada con aquellos ojos verdes o parpadear con sus gruesas pestañas negras para que se formara al instante una fila de tontos, desde aquel lugar hasta Pecos, rogándole que les dejara hacer algo tan estúpido como cabalgar hasta Nueva Orleans para comprarle un liguero.